

# TEMAS ALVARADINOS

*por Oscar Sambrano Urdaneta.*

Oscar

SAMBRANO URDANETA



El profesor **OSCAR SAMBRANO URDANETA** a quien presentamos a los lectores de esta publicación en la oportunidad de nuestra primera entrega, en la que acogimos su trabajo: "Teoría Escolar del Cuento", vuelve hoy a nuestras páginas. De él son los dos capítulos que siguen. Forman parte de un ensayo inédito sobre Alvarado que próximamente dará a la estampa.

Nombrado Secretario de la Comisión Editora de las "Obras Completas" de don Lisandro, en setiembre de 1952, trabajo que desempeña hasta hoy, ha correspondido al profesor Sambrano Urdaneta realizar toda la investigación bibliográfica y hemerográfica previa a la edición de las nombradas "Obras Completas". Fue el profesor Sambrano Urdaneta, además, quien redactó las notas preliminares e índices onomásticos y quien seleccionó el material que debía contener cada uno de los diez volúmenes que forman la colección de obras antes citada. La edición y corrección ha estado también a su cuidado.

Estos trabajos de investigación, como es de suponer, han dado al profesor Sambrano Urdaneta una autoridad y un conocimiento exhaustivo de la vida y la obra de Alvarado y es por esta razón que hoy asociamos su nombre al homenaje que "BOLETIN" le rinde al sabio larense en el primer centenario de su nacimiento.

R. P-D.

# TEMAS ALVARADINOS

por  
Oscar  
SAMBRANO URDANETA

## LISANDRO ALVARADO

Hace veinticuatro años en la ciudad de Valencia cesó de latir el corazón de Lisandro Alvarado (1). Veinticuatro años apenas, y ya en el culto de los venezolanos la figura del sabio larense ocupa sitio de honor al lado de los próceres de nuestra cultura. Hablo de años y no por ociosidad retórica. Toda obra está expuesta al fallo veleidoso del tiempo. Hay escritores que se asemejan a breves meteoros: brillan con deslumbrante y fugaz talento antes de sucumbir en las tinieblas de la indiferencia o del olvido. Unos son errátiles cometas, que desaparecen y reaparecen según la moda los acerca o aleja del incesante devenir de las ideas. Otros —muy pocos— son estrellas fijas cuya luz sirve de orientación permanente al rumbo del pensamiento. Venezuela tiene su constelación, valorada de un modo u otro, según el criterio con que cada generación la juzga. En esa pequeña luminaria, Lisandro Alvarado posee luz propia, y su fulgor crecerá a medida que nos acerquemos a lo hoguera donde chispea su legado intelectual. Esa hoguera, de reconfortante

---

(1).—El presente capítulo fué redactado a comienzos de abril de 1953, con motivo de cumplirse el 10 de dicho mes el vegésimo cuarto aniversario de la muerte de Alvarado, ocurrida en Valencia (N. de la D.)

calor venezolano, estará constituida por sus Obras Completas, actualmente en proceso editorial.

Larga y provechosa fué la existencia de Lisandro Alvarado, nacido el 19 de setiembre de 1858 en El Tocuyo viejo. Allí recibió primera instrucción en el Colegio "La Concordia", regido por el exquisito educador Don Egidio Montesinos. En Trujillo, Alvarado obtuvo título de Bachiller en Filosofía, y por enfrentarse a la pobreza de su familia, se vió precisado a interrumpir los estudios para dedicarse alternativamente a dependiente de una tienda mercantil y de una botica.

Tarde o temprano su espíritu ávido de cultivo, lo condujo a inscribirse en la Universidad Central, donde cursó las materias siguientes: Mineralogía, Derecho Romano y Canónico, Cálculo Superior y Medicina. En 1884 se graduó en ciencias médicas. Al mismo tiempo que adelantaba los estudios anteriores, asistía como alumno a la Academia Militar de Matemáticas y a la Cátedra de Filosofía que regentaba el doctor Elías Rodríguez en el Colegio "Santa María".

Evidentemente, Alvarado experimentaba grande atracción por disciplinas bastante diversas, como si su inteligencia ambicionase más de una puerta para asomarse al mundo de las ciencias. No solamente se asomó Alvarado sino que lleno de entusiasmo traspuso más de un dintel, y su obra ofrece, por ello, variado panorama.

Lo que Alvarado hizo, lo hizo bien para su época y sus medios. Modestamente se confesaba ayuno de conocimientos que lejos de faltarle, le sobraban. Gran parte de su pensamiento tiene valor absoluto y contra él nada podrá la oxidación de los años.

La Universidad Central, y dentro de ella dos nombres muy especialmente —Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio— moldearon definitivamente las ideas de Alvarado en el crisol positivista: había llegado de El Tocuyo ortodoxo en ideas religiosas, conservador en política; salía librepensador y liberal amarillo. En estos últimos credos se mantuvo hasta el fin de sus días.

En Guanare fué médico, diputado a la Asamblea Legislativa y Director del Colegio Federal. En El Tinaco luchó contra la terrible epidemia de 1888. En Southampton desempeñó el Consulado de Venezuela. En Londres asistió como Delegado al Séptimo Congreso de Higiene y Demografía. Vivió un tiempo en

París. De regreso a Venezuela, se alistó como Médico-Cirujano Mayor del Ejército del Centro, bajo las órdenes del General Guerra.

En Caracas sostuvo secciones fijas en muchas revistas y periódicos. Deambuló por gran parte de la provincia venezolana, estudiando todo cuanto llamase su atención. A pesar de esta condición errátil, tuvo sobrado tiempo para escribir una extensa obra, en muy apreciable parte inédita. Su obra comprende materias tan distintas como lexicografía; ornitología; traducciones del latín, francés y alemán; lenguas indígenas venezolanas; gramática castellana; historia; fonética; crítica literaria; crónicas líricas; botánica; zoología; etnografía. . .

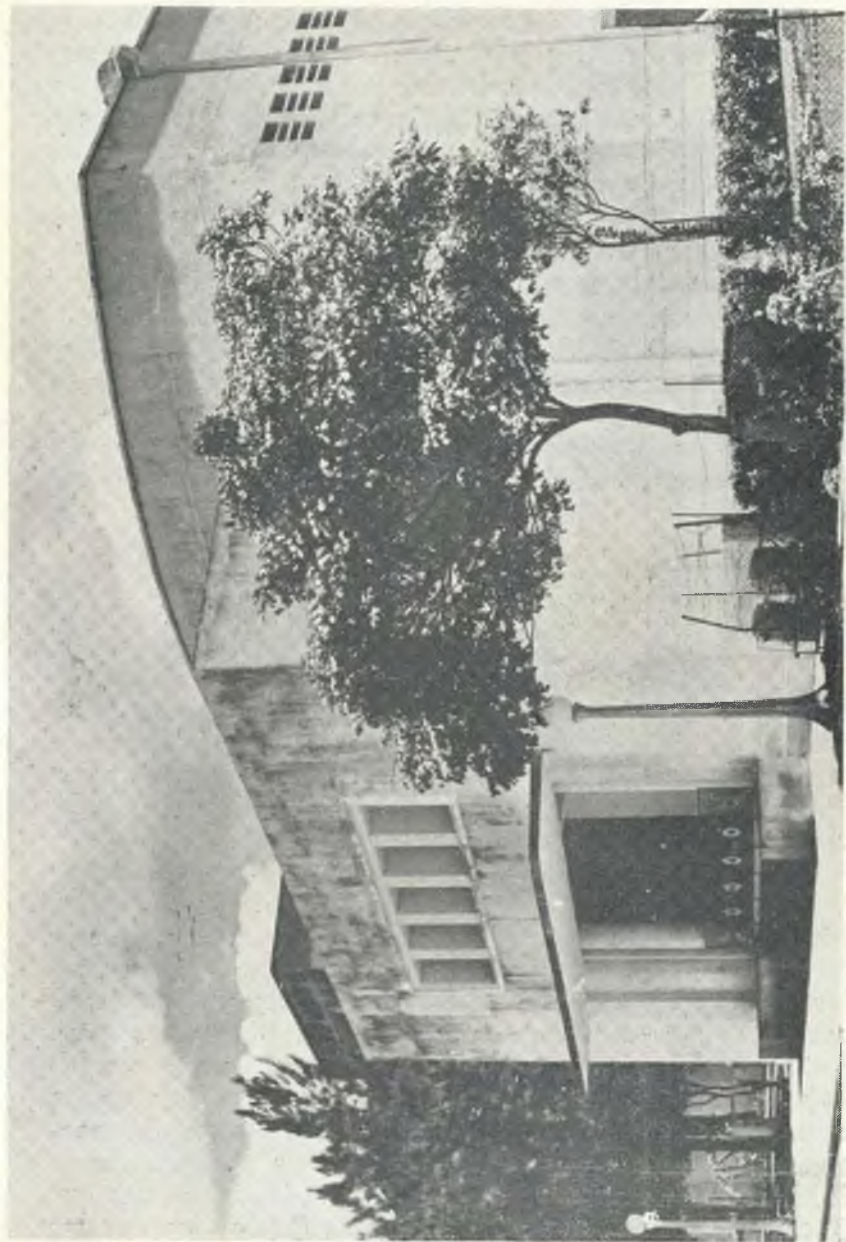
Estas diversas disciplinas tenían sin embargo un denominador común o especie de núcleo aglutinante: el hondo y sincero fervor venezolano con que la mente de Lisandro Alvarado las concibió.

Sea este breve trabajo un modesto sumando a los actos con que en el día de hoy se honra la memoria de tan ilustre compatriota.

## ACEITE PARA UNA LAMPARA VOTIVA

En marzo de 1926, Lisandro Alvarado estaba llegando al final de sus actividades físicas. Tres meses después —el 26 de junio en horas de la mañana— una hemiplejía paralizaba sus músculos. Tres años más tarde —el 29 de junio— la muerte lo liberara para siempre de un organismo que se había convertido para él en perpetua e inflexible prisión.

Una larga senda, recorrida en setenta años, quedaba detrás. Una senda que había comenzado en El Tocuyo viejo, dentro del humilde hogar de los Alvarado Marchena, y que hubo de sortear más de un obstáculo antes de conquistar el horizonte abierto y franco. La marcha de este ilustre viajero no fué apresurada ni llegó a extraviarse en la maraña de veredas que ofrecen el arte y la ciencia, aplicados a un país semi-virgen como el nuestro. Con el sosiego atento de un buen observador, con la pasión que arde en el alma del sabio verdadero como lámpara votiva de renovados aceites y de azulosa llama, con la paciencia y la tenacidad de una hormiga obrera para la que ningún trabajo es desdeñable ni obstáculo alguno lo suficiente grave como para amedrentar la marcha, así anduvo y desanduvo Lisandro



Liceo "Lisandro Alvarado", de Barquisimeto.

Alvarado las rutas físicas y espirituales de una Venezuela que estamos comenzando a conocer y que fué para él manantial inagotable de caminos.

Con el maravilloso deslumbramiento de un ciego que adquiere paulatinamente la visión, Alvarado aguzó sus pupilas miopes y se entregó a la deleitosa tarea de escudriñar el mundo que tenía a sus alcances. Quiso verlo todo. Vió, en realidad, mucho. Es nuestro último gran polígrafo. Un país casi desconocido abrió para él sus horizontes. Y sin pensarlo, aquel hombre menudo y de apariencia insignificante, tomó el primer camino y se perdió en la distancia. De tiempo en tiempo regresaba con los bolsillos repletos de notas y las alforjas cargadas de muestras científicas. Poco se conocía en tiempos de Alvarado de nuestro léxico, de nuestra fauna y flora, de nuestro folklore. A esa especie de comunidad inexplorada, de gigantesco laboratorio al aire libre que era la Venezuela de finales del siglo pasado, en el caso de don Lisandro y de su generación, se sumaba el aprendizaje de la ciencia positivista. La acción no se hizo esperar. Teniendo el método y habiendo el objeto, Alvarado se dispuso alegremente a su tarea. Nada lo distrajo de ella: ni veleidades políticas, ni afanes económicos, ni obstáculos intelectuales. Desde su lecho de enfermo, cuando ya no pudo transportarse sobre sus piernas, tomó del brazo a Humboldt e hizo con el sabio germano el alucinante recorrido de sus viajes por las regiones equinocciales del Nuevo Continente. Trabajó siempre Alvarado. En cualquier sitio, en horas diferentes. Su gabinete de labor fué quizás el más amplio que haya tenido venezolano alguno; libros de Caracas, manuscritos en San Carlos, en Guanare, en Ospino; apuntes en Barquisimeto; originales confiados a sus amigos; colaboraciones para periódicos de la capital y del interior. Vivió en contacto íntimo con los temas sobre los cuales escribió. En las Academias era un cumplido Individuo de Número. Entre los campesinos, muy pocos hubieran podido diferenciarlo.

Desarrolló temas muy variados. Sus obras principales llevan casi todas el complemento de Venezuela para restringir el significado genérico del sustantivo. Era como un centro de gravitación común alrededor del cual giraban en ordenado concierto sus ideas y sentimientos. En un investigador tan metucioso como Alvarado, esto no es jamás producto de la casualidad. Estudiando su obra pudimos, al fin, hallar el párrafo presentido que contiene en síntesis todo el pensamiento del sabio. Tiene el

mérito y la importancia de haber sido redactado en marzo del 26. Nace el párrafo de una mirada retrospectiva. No tiene, por ello, la previsión de quien avizora el camino y se dispone a cumplir la ruta. Ofrece, en cambio, la experiencia del viaje, la meditación final a la que se llega con pleno convencimiento de lo hecho. El párrafo aludido está inserto casi al final del prólogo que Alvarado escribió para la edición del volumen que contiene los *Discursos y Conferencias* de Francisco Antonio Rísquez, y dice así:

*“Si algún mérito bien ganado hubiere en los que pueden mover la lengua con propiedad o su pluma con acierto, sería con razón ése de estudiar y escudriñar las cosas de la patria misma, por más desdén con que las vean los snobistas de todos los tiempos. Pero este snobismo cae en el olvido tan luego como pasa la moda literaria, y no deja para la patria sino escasa utilidad, o ninguna en resumidas cuentas. ¿Cómo se puede propender al adelanto de un país, si no se le conoce minuciosamente?”*

Así escribió el hombre que así había trabajado y pensado. Fué leal con sus fueros y dió cuanto pudo sin pedir ni esperar recompensas. Sus compatriotas tenemos una deuda con don Lisandro Alvarado que sólo habrá de saldarse cuando sus obras dejen de ser mercancía de librerías o adornos de biblioteca.

Hoy se cumplen noventa y ocho años de su nacimiento (2). El centenario que se aproxima puede ser buena oportunidad para poner en marcha un reconocimiento nacional. De lo contrario, sería condenarlo a una hemiplejía espiritual sin redención posible.

---

(2).—La segunda parte del trabajo del profesor Sambrano Urdaneta fué redactada el 19 de setiembre de 1956 (N. de la D.)